

Palabras en voz baja entrecortadas
por la caricia férvida, embelesos,
silencios de las dichas desmayadas
sonrisas llenas de aleteo de besos.
El himno de las dichas que pasaron,
las frases que temblando se dijeron,
juramentos que luego se olvidaron,
suspiros que en el aire se perdieron;
anhelos de ambición, sueños de gloria,
gritos del corazón desesperado,
aplausos atronador de la victoria,
transportes del espíritu lanzado
al mundo del ideal... todo se agita,
despierta, canta, se estremece y gime
cuando embriagado el corazón palpita
bajo tu ala bendita,
diosa gentil de la armonía sublime.

La Música es la nota vagabunda
del alma-Amor que en el espacio flota
y da la vida y la creación fecunda;
la Música es la alondra fugitiva
de los jardines del Edén divino,
que sobre el alma al desplegar su vuelo,
le deja con su trino
el eco blando de la voz del cielo.

El Arte es creación. ¡Gloria a tu empeño,
artista Juventud, la que ambicionas
el corazón alzar y el pensamiento
a esa región feliz donde la idea,
brillando en las creaciones del talento,
nuevas obras inspira y nuevas crea!

Y llegarás allí, pues que en tu seno
tienes, sacerdotisa inteligente,
también a la mujer, alma que sueña,
fe que no muere, corazón que siente,
espíritu celeste que derrama,
con esa fe que el corazón anhela,
el sacro fuego que la vida inflama

y el entusiasmo en cuya viva llama
la inspiración al infinito vuela.

El Arte es creación... ¡Tiende ese vuelo
espíritu inmortal, hijo del cielo,
alma del hombre! El porvenir es tuyo,
el mundo es tu palacio,
tuya la tierra y la creación entera,
tuyo el tiempo también, tuyo el espacio
y más allá la eternidad te espera!
Riega doquier las luminosas flores
del Arte, resplandor de la belleza,
del hombre entre las obras portentosas;
puebla con ellas la mansión que habitas,
y, obra de Dios, ante El álzate grande
de Dios entre las flores infinitas.
De tu genio inmortal con el tesoro
engalana la gran Naturaleza,
como engalana con diadema de oro
un rey a la mujer de su ternura.
La soberbia armonía
arrúllela de tu himno de victoria,
y encuentre altiva el esplendor del día
en el sol sin ocaso de tu gloria.

A LOS NIÑOS

EN UNA FUNCIÓN DE PREMIOS

Estaba la tierra
desnuda y vacía
inmensa tendía
la noche su caos
y alzando la Nada
allí su palacio
ni tiempo ni espacio
había... sólo Dios.

Mas ¡Hágase! dijo
la boca sagrada,

rasgóse la Nada
surgió la creación;
y Dios tendió el cielo,
dejando por rastros
sus dedos los astros,
sus manos el sol.

Las aguas llenaron
el cóncavo abismo,
la tierra el bautismo
primer recibió;
se alzaron los montes,
se hundieron los valles,
el agua sus calles
corriendo se abrió.

Las aves cantaron,
se abrieron las flores,
y trinos y olores
se alzaron al par,
quedando la tierra
tan pura y hermosa
cual virgen esposa
que llega al altar.

Que toda era bella
y espléndida toda;
sus galas de boda
vistióla el Señor.
Azul y con gasas
de nubes, por velo
la dió el vasto cielo
de suave esplendor.

Con verdes praderas,
con bosques umbríos,
con diáfanos ríos
la quiso vestir,
y luego ciñóla,
cual cinto de ondinas,

las ondas marinas
de plata y zafir.

Por manto de noche
la dió esa tiniebla
que borda y que puebla
la flor sideral;
y eterna diadema
del cielo en la frente,
del sol esplendente
la llama triunfal.

Dios hizo la tierra
de encantos tan llena,
que viéndola buena
al hombre la dió;
y haciéndole de ella
señor soberano
propicio su mano
sobre ella tendió

*

El da a las campiñas
la lluvia fecunda,
los prados inunda
de grato verdor;
él llena las brisas
de aromas süaves,
él viste las aves,
él pinta la flor.

El da a los insectos
las húmedas hierbas,
las ondas acerbas
al rápido pez;
al pájaro errante
entrebrea la espiga,
y deja a la hormiga
su grano de mies.

El da sonora
su música al río,
a la hoja rocío,
sustento al reptil;
él truena en el rayo,
retumba en las olas,
y está en las corolas
del lirio gentil.

El surca el nublado
con sierpes de lumbre,
enciende en la cumbre
del monte el volcán;
y tiende del iris
las franjas remotas
tras nubes que rotas
y prófugas van.

*

Dios hizo la tierra
de encantos tan llena,
que viéndola buena
al hombre la dió.
Y al hombre, su dueño,
le dió generoso
el don más precioso,
la prenda mejor.

Dióle algo más rico
que el mar y la tierra,
dióle algo que encierra
en sí la Creación;
más alto que el astro,
más raudo que el vuelo,
más vasto que el cielo,
más bello que el sol.

Le dió pensamiento,
le dió inteligencia,
le dió la conciencia,

le dió el corazón;
le dió cuanto grande
su espíritu alcanza
a hacerle semblanza
e imagen de Dios.

Y el hombre, ¡insentato!
¿irá por la vida
cual hoja caída
de efímera flor?
¿Cuál grano de arena,
cual copo de espuma,
cual rápida pluma
que el viento llevó?

¿Irá sin objeto,
sin luz ni camino,
a ignoto destino
perdido al azar?
Cerebro sin mente,
pupila sin fuego,
sonámbulo ciego,
¿sin alma? ¡Jamás!

Espíritus libres
tranquilos y bellos,
serenos destellos
de un fuego inmortal,
vosotros los niños,
las almas de aurora,
celajes que aun dora
la luz matinal.

Allí a nuestros ojos
se extiende bendito
el campo infinito
del alma saber;
allí es donde toma
su fe la conciencia,
allí está la ciencia,
la luz y el poder.

La Ciencia—sabedlo—
la Ciencia es victoria;
camina la gloria
siguiéndola en pos.
La Ciencia es el ala
flamígera y santa
qué al hombre levanta
del polvo hasta Dios.

Allí están sus palmas,
allí están sus bienes,
ceñid vuestras sienes
con lauro triunfal;
y sed nuestro orgullo,
y sed nuestra gloria,
dejando a la Historia
renombre inmortal.

EL ARTISTA

Dadle aire, luz, espacio... Tened ante su vista
de un horizonte de oro
la vaga inmensidad.
¡Dejadle libre y grande! Dejadle... es el Artista;
su numen es el genio, su sueño la conquista,
y tiene dos amores:
la Gloria y la Beldad.

De niño, cuando sólo resbala por la frente
ei fuego casto y suave
del beso maternal,
su frente de poeta, ya pálida y ardiente,
estaba pensativa... Poblábase su mente
de imágenes y sueños
de un mundo celestial.

La aurora, el sol de fuego, la misteriosa calma
de la sagrada noche,
los astros del Señor;
la brisa que sacude las hojas de la palma,
la sombra y el silencio, hablaban a su alma
en idioma vago
de dichas y de amor.

Le habló con sus rumores la selva centenaria,
le habló con su murmullo
la brisa del pinar;
y en la remota playa ardiente y solitaria,
oyó cómo entonaban magnífica plegaria
los vientos y las olas,
los tumbos de la mar.

Y alzó su frente altiva bañada por el día,
en fuego la mirada,
en fuego el corazón;
y cuando al mundo quiso decir lo que sentía,
una arpa entre sus manos, temblando de armonía,
para cantar su alma
de súbito encontró.

Amó... cantó la dicha... Después... vino el tormento.
Amor, ¿no eres acaso
del corazón la cruz?...
Pero es para el artista fecundo el sufrimiento;
allí la ciencia aprende el grande sentimiento,
de aquella triste sombra
despréndese la luz.

El es el alma inmensa. La humanidad entera
palpita en el misterio
de su alto corazón.
Es el latido de ella; por ella cree y espera,
por ella sufre y llora, y por ella desespera,
por ella del martirio
levántase hasta Dios.

Así cruza el poeta la senda de la vida.
 La paz de la ventura
 no se hizo para él.
 Le ignora la fortuna, el porvenir le olvida,
 pero su frente triste y pálida va ungiada
 con yo no sé qué beso
 de cielo en su laurel.

¿Qué importa a su gran alma la dicha transitoria
 del oro, la fortuna
 y el rápido placer?...

Escrita con la cifra de bronce de la historia
 tal vez al mundo deja la página de gloria
 que el golpe de la suerte
 no puede ya romper.

*

¡Dadle aire, luz, espacio! Tened ante su vista
 de un horizonte de oro
 la vaga inmensidad.

¡Dejadle libre y grande! Dejadle... es el Artista,
 su numen es el genio, su sueño la conquista,
 y tiene dos amores:
 la Gloria y la Beldad.

¡Dejad que su alma sueñe, dejad que su alma espere
 y que su vuelo tienda
 del ideal en pos!

La gloria de sus sueños es gloria que no muere...
 Espíritu sublime que lo infinito quiere,
 está lejos del mundo
 porque se acerca a Dios.

¡A LAS ARMAS!

No tenemos más rey que las leyes,
 no tenemos los libres señor;
 que con sangre se tñía de reyes
 nuestro bello pendón tricolor.

¿Hasta cuándo en vil ocio, hasta cuándo
 yaceréis, mexicanos, dormidos?
 ¿Hasta cuándo seréis tan sufridos
 que se os pueda venir a insultar?
 No de paz, no de fiestas y danzas
 es esta hora que pasa tremenda...
 ¡aquí mismo, en la patria, su tienda
 ha venido el francés a plantar!

¡A las armas! Oid cual resuenan
 de conquista los hurras salvajes...
 ¿Hasta cuándo vengáis los ultrajes?
 ¿Para cuándo queréis el valor?
 El que lleva en su pecho grabada
 de la patria la imagen querida,
 nunca piensa que juega la vida
 sólo piensa que gana el honor.

Sólo piensa cuando entra en la lucha
 que el oprobio al cobarde le queda;
 sólo busca lugar en que pueda
 la ancha espada mortífera hundir.
 Sólo sabe, ya tinto en su sangre,
 que morir por el niño, la anciana,
 por la madre, la esposa, la hermana,
 por su Dios y su hogar... ¡no es morir!

Es cumplir por la patria bendita
 la misión mas sublime del hombre,
 es quizá bautizar con su nombre

una página de oro triunfal;
es vivir como vive la fama,
es vivir como vive la gloria,
es comprar a la excelsa victoria
el derecho de ser inmortal.

¡A las armas! ¡El grito de guerra
como el trueno los ámbitos llene,
y del Gila al Grijalva resuene,
del Pacífico al Golfo también!
¡Y cual llama de incendio que el soplo
de impetuoso huracán arrebató,
como trompa que el rayo desata,
se desplome la guerra doquier!

¡A las armas! ¡Los montes, los valles,
las ciudades vomiten guerreros!...
¡Luz nos den en el día los aceros,
y en las noches alumbre el cañón!
Y que corra la sangre agostando
flor y mies en la vasta campiña...
cuando el agua de rojo se tñía
ya podremos lavar el baldón.

¡No haya paz! ¡El flamígero incendio
del combate la atmósfera abraza;
cada pecho que el hierro traspase
multiplique en los otros la fe!
Y no quede un pedazo de tierra
que no moje la sangre enemiga...
Si es preciso no quede quien diga
de nosotros: ¡la Patria aquí fué!...

¡Sí!... primero, primero se tornen
las ciudades en mudos desiertos,
y los campos se cubran de muertos,
y la patria perezca en luchar,
que sumisos a un amo extranjero
ofrecer nuestra carne a su vara,
de vergüenza taparnos la cara
y cual pobres mujeres llorar...

Nuestro sol es el sol de los libres,
nuestro suelo es un suelo de bravos;
pero si hay corazones de esclavos,
si hay traidores... ¡maldígalos Dios!
El traidor no es hermano... va solo,
es Caín vagabundo y proscrito;
Dios escribe en su frente: ¡maldito!
y sus hijos le ven con horror.

¡Oh mi Patria! En un tiempo la lucha
sin piedad a tus hijos diezmaba;
sangre propia tu seno chorreaba,
sangre extraña tu espada también.
¡En un tiempo, con mano terrible
la melena real sacuditise
del ibero león, y le oíste
ya vencido rugir a tus pies!...

¿Cómo es que hoy a tu frente divina
el baldón por el galo se escupe?
¿Quién de Puebla arrasó el Guadalupe?
¿Quién el sol de tu Mavo apagó?...
¡A las armas! doquier el incendio
de la guerra tus campos alumbre,
y retiemblen la costa y la cumbre
al feroce tronar del cañón.

¡A las armas! ¡El sol de la Patria
no vea más nuestra triste vergüenza!
¡Es preciso que México venza,
y en el nombre de Dios, vencerá!
¡Al cadalso, a la tumba, al oprobio
rodarán el monarca y vasallos...
y sus cascotes pondrán los caballos
en la sacra corona ¡Ostenta en sus laderas

cas legiones,
¡No tenemos más flotan las banderas
no tenemos los líar de los cañones
ni aquí tienen m, la voz de mando
que el cadalso sí, cial de los bridones.

ODA A LA PATRIA

(CINCO DE MAYO DE 1862)

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
 esplendorosa de granito y nieve
 del excelso volcán, a donde raudó
 entre el fulgor de la celeste lumbre
 tan sólo el cóndor a llegar se atreve;
 donde la nube se desgarró el seno
 para vibrar el rayo
 y hacer rodar en el abismo el trueno.
 Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
 del cielo tropical y sobre el ara
 diamantina del Ande
 el agusto pendón de la victoria,
 que aun mereciera pedestal más grande
 la enseña de la Patria y de la Gloria.

¡Oh santo nombre de la Patria!... Escuda
 con tu prestigio inmenso
 esta mi audaz palabra tan desnuda
 de elocuencia y vigor; haz que vibrante
 al pie de tus altares se levante,
 y sea como la nube del incienso
 ante el ara de Dios; haz que resuene
 potente, y en su vuelo
 con tu renombre los espacios llene,
 y cubra al mundo y se levante al cielo.

y los campos se cubra
 y la patria perezca en
 que sumisos a un amo e
 ofrecer nuestra carne a sí a la Historia
 de vergüenza taparnos la enas
 y cual pobres mujeres lloró Gloria,—

ayer en la ignorada
 cumbre de una colina que ceñía
 una cinta de frágiles almenas
 y pobre artillería,
 el mexicano pabellón flotaba
 bajo un cielo de brumas,
 como en la frente del guerrero azteca
 rico penacho de vistosas plumas.
 Mas no flotaba al beso voluptuoso
 de las brisas del trópico; crujía
 al soplo tempestuoso
 de un huracán de muerte, y se tendía
 su lona tricolor, como del iris
 sobre la frente negra de los cielos
 la diadema se ostenta
 cuando huyendo flamígera sacude
 su melena de rayos la tormenta.

Y era también un iris de esperanza
 aquel sagrado pabellón erguido
 ante el genio feroz de la matanza,
 aquella enseña del derecho herido
 alzándose terrible a la venganza.
 Allí del mundo de Colón los ojos
 severos se fijaban, centelleando
 de impaciencia, de cólera y enojos.
 Y quién sabe si airadas
 allá desde los picos solitarios
 de la alta cordillera, silenciosas,
 envueltas en sus pálidos sudarios,
 de nuestros héroes muertos asomaban
 las sombras espectrales
 y el Guadalupe atónitas miraban.

¡El Guadalupe!... Ostenta en sus laderas
 de la Patria las bélicas legiones,
 brillan las armas, flotan las banderas
 y se mezcla al rodar de los cañones
 el toque del clarín, la voz de mando
 y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,
hinchidas de de arrogancia,
tendiendo al sol las alas voladoras,
las imperiales águilas de Francia
conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones
cien y cien veces derramó laureles
propicia la Victoria;
soldados favoritos de la gloria,
en los campos de Europa sus corceles
han dejado una hulla ensangrentada,
y cien veces sus páginas la Historia
abrió a la punta de su atroz espada.

Elios son los que avanzan... ¡Dios Supremo!
¡Ah! ¿qué va a ser de nuestra pobre tierra
ante esos semidioses de la guerra?...
¿Qué va a ser del soldado mexicano,
soldado humilde, sin laurel ni pompa,
de esos titanes al tremendo empuje?

¿Qué va a ser?... Vedlo ya...
Suenan la trompa,
silba la bala, la metralla ruge,
avanzan con furor los batallones,
se chocan los guerreros,
se desgarran flotando los pendones,
crujen tintos en sangre los aceros,
tiembla la cumbre, tiembla la llanura
al estruendo mortal de la pelea,
y de humo y polvo en la tiniebla oscura
el cañón formidable centellea.

¡Terrible batallar! Potente rabia
de insensato furor ebrio de sangre;
festín de la venganza
en que sólo resuena pavoroso
el salvaje rugir de la matanza;
en que fiera la vida
se escapa palpitante por la herida

del corazón indómito que aun late
encendido en las iras del combate;
instante de terror y de grandeza
en que el débil en bravo se convierte
y se hace león el corazón del fuerte;
y convulsa la vida se desgarran,
y se goza el Horror y ríe la Muerte.

¡Terrible batallar! Golpe por golpe,
furor contra furor, vida por vida
y sangre nada más: allí la fama
del francés vencedor y su pericia
contra el derecho transformado en pueblo
y armado de justicia...
terribles las legiones
cual de la mar las olas turbulentas
que flagela el furor de las tormentas,
se encuentran y se chocan y se rompen
feroces y sangrientas...

¿Y es verdad... es verdad?... Los invencibles,
los que cejar no pueden,
los tigres de Inkermán y Solferino,
¿aquí blanca la faz, perdido el tino
y con miedo en el alma... retroceden?

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
¿En dónde su furor armipotente?
¿Do el llegar y vencer que suyo haría
inmóvil de terror el Continente?
Las águilas francesas
¿no midieron, cruzando el Océano,
cuánto eres, Libertad, grande y potente
bajo el inmenso cielo americano?...

Soberbias te arrojaron sus legiones;
y viéndolas llegar, en tu mirada
las iras del ultraje centellearon;
y vibrando relámpagos tu espada
sus golpes matadores
el rayo de la muerte fulminaron;

sangrienta charca abrióse tu pisada,
nada su rabia de leones pudo
y ante tu fuerte escudo
ellos, los invencibles... se estrellaron.

¡Y tres veces así... del Guadalupe
quedaron las laderas
de pálidos cadáveres sembradas,
y de francesa sangre
y sangre mexicana ¡ay! empapadas.

Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
bajaba al Occidente,
el ángel tutelar de la Victoria
voló a arrancarle su postrero rayo,
bañó con él de México la frente
sellándola de gloria
y con letras del sol CINCO DE MAYO
para los siglos escribió en la Historia.

Entonces... tú lo sabes, Puebla mía,
¡oh, Puebla! cuya heroica bizarría
nunca ensalzar como merece supe;
tu nombre, sepultado en el olvido,
aprendiólo la Francia al estampido
del cañón que tronaba en Guadalupe.

Cayó ese nombre en la soberbia Europa
con el ruido triunfal de una victoria,
cayó vestido con el ampo de oro
del sol de Mayo que alumbró tu gloria.

Desde entonces, allá, bajo el sereno
dosel de auroras que despliega Oriente,
envuelta en alas de oro por la lumbre
de aqueso sol triunfal, y coronada
con el lauro que el tiempo no destroza,
del Guadalupe yérguese en la cumbre
la figura inmortal de Zaragoza.

*

Las águilas francesas que algún día
tendieron sobre el mundo
ebrias de triunfos las potentes alas
llevando entre sus garras las banderas
vencidas y hechas trizas
de naciones altivas y guerreras;
las aves que guiaron la fortuna
sangrienta de los fieros Bónaparte,
no pasaron su vuelo victorioso
después, del Guadalupe en el baluarte.
Y queda allí soberbio monumento
de patriotismo y gloria,
vistiendo con la sangre no lavada
la púrpura triunfal de su victoria.
Allí queda a su planta la esforzada
guerrera de Atoyac, Puebla la bella,
la tierra de mi hogar que guarda altiva
cual cicatrices que la gloria sella,
sus rotos muros, sus deshechos lares,
sus calles destrozadas,
y en pie las ruinas de sus grandes templos
por la bala francesa acribilladas;
elocuente padrón del heroísmo
y del patrio denuedo,
página de la Historia
del mexicano corazón sin miedo.

Allí queda la invicta
amazona mostrando cual trofeo
la palpitante herida del combate,
por la cual, ante el sol, como en el roto
pecho de los guerreros de Tirteo
se ve el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres

ante cuyo granito la soberbia
de los nunca vencidos se destroza;
¡allí queda ese campo de pelea
donde hallaron las cruces de Crimea
los cascos del corcel de Zaragoza!

¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día
arroja el extranjero
el grito de la guerra a tu muralla,
renueva tu osadía,
vibra de nuevo el matador acero,
desata el huracán de la metralla,
fulmina fiero de la muerte el rayo,
y la sangre del campo de batalla
seque aún otra vez la esplendorosa
lumbre de gloria de tu sol de Mayo.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DEL ESTADO

(DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS)

Cuando allá en los confines de la Historia,
en la aurora del mundo;
cuando el tiempo era niño todavía
y el *Hágase* fecundo
del Eterno, la gran Naturaleza
sus pompas virginales revestía;
cuando el hombre salvaje
y de pieles cubierto,
vagaba confundido
con las fieras sin nombre del desierto;
cuando tenía que compartir el fruto
del árbol con los pájaros errantes
y disputar al bruto
los restos de su presa, palpitantes;
cuando el sol del estío,
fuego lanzando en la región serena

y calcinando la desnuda arena,
abrasábale impío,
y le azotaba el huracán violento,
y le mojaba gélida la lluvia,
y le punzaba el frío;
cuando en la playa, a solas,
contemplaba con ojos espantados
los mares irritados
alzar bramando sus tremendas olas;
cuando dentro su choza que temblaba
él temblaba también de miedo yerto,
al escuchar el trueno que rodaba
y al ver flamear incierto
el relámpago pálido, alumbrando
la pavorosa noche del desierto;
cuando ciego y estúpido, infelice,
con fatigado paso
iba el hombre al acaso
y solo en la Creación... solo en la vida,
solo con sus dolores sin medida,
solo con su miseria,
como la bestia doblegada al suelo
por el peso mortal de la materia;
cuando su mente oscura
ciego abortaba el pensamiento vago,
y no daba a sus lágrimas dulzura
de la esperanza el cariñoso halago;
cuando sin ilusiones ni deseo
se arrastraba en el polvo hasta el olvido,
el corazón ateo,
en tiniebla el espíritu perdido,
errante, débil, infeliz y bravo,

entonces, en tal hora,
era Naturaleza la señora,
¡el Hombre... era el esclavo!...